

Documento de Trabajo
FLACSO - Programa Chile
Serie Estudios Políticos Nº 32
Santiago, Octubre de 1993.

G239
DT.EP.32
C.3.

BIBLIOTECA
FLACSO
SANTIAGO

15.598.-

S E R I E
Estudios Políticos

LA VIA CHILENA AL SOCIALISMO.
ESPERANZA, FRACASO Y DERROTA DE UN
PROYECTO POLITICO*

Manuel Antonio Garretón

*Este trabajo fue publicado en el Diario El Mercurio de Santiago, 12 de Septiembre 1993, pgs. D-28 y 29.

677

Esta serie de Documentos es editada por el Programa de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), en Santiago de Chile. Las opiniones que en los documentos se presentan, así como los análisis e interpretaciones que en ellos se contienen, son de la exclusividad de sus autores y no refleja necesariamente los puntos de vista de la Facultad.

No es posible entender el sentido y resultado del proyecto de la Unidad Popular sin referencias al clima ideológico tanto a nivel mundial como latinoamericano y nacional, al tipo de actores y sistema político chilenos, y a la naturaleza de la lucha política del período.

El conjunto de partidos de la izquierda chilena, agrupados en la Unidad Popular y bajo el liderazgo de Salvador Allende compartía con las fuerzas políticas chilenas, en cualquier punto del espectro ideológico, la aspiración revolucionaria del cambio radical y global de la sociedad. En el caso de la izquierda éste era en el sentido socialista, entendido como la sustitución de la sociedad capitalista. Dos particularidades llaman la atención en la definición de este proyecto.

La primera es que, a diferencia de la generalidad de los países latinoamericanos y del llamado tercer mundo, la izquierda y el proyecto socialista chilenos se postulaban como alternativa en el seno de un régimen democrático que se proponían mantener. Dicho de otra manera, un proyecto de contenido revolucionario se acompañaba de un método no revolucionario, cual era la aceptación de estilos y reglas del juego y estilos que impedían la toma del poder por un grupo para crear un nuevo orden social, definición del método revolucionario. No había experiencia práctica ni reflexión teórica sobre un proyecto como éste.

La segunda es que el proyecto de contenido, la transformación del modelo capitalista y el inicio de la transición al socialismo, pagaba el precio de las visiones predominantes de la época como el determinismo económico de la vida social y política, las elaboraciones ideológicas a través de sistemas relativamente monolíticos de pensamiento, y, sobre todo la ausencia de modelos referenciales para el pensamiento de izquierda que no fueran los socialismos históricos o reales y la matriz marxista leninista, todos ellos pensados bajo el modelo revolucionario.

Pese a ello, logró formularse tentativamente una visión propia cual era la "vía chilena al socialismo". No hay mejor expresión doctrinaria de este proyecto que la definición que hace Salvador Allende en su Primer Mensaje al Congreso como "Presidente" en 1971: "El combate sostenido para abrir el camino de la democracia económica y conquistar las libertades sociales es nuestra contribución mayor al desarrollo del régimen democrático. Llevarlo a cabo simultáneamente con la defensa de las libertades públicas e individuales, es el desafío histórico que todos los chilenos estamos enfrentando". Por su parte el programa de la Unidad Popular hacía referencia especialmente, por un lado, a ciertas metas y formulaciones estratégicas, y también a medidas específicas de carácter básicamente redistributivista y de satisfacción de necesidades de las grandes mayorías. El vínculo entre ambas era la expropiación de monopolios que darían al estado el excedente necesario para reorientar el aparato

productivo hacia la satisfacción de tales necesidades. No hay una definición de socialismo diferente a la del modelo histórico, aunque sí de la estrategia para llegar a él, que no sería insurreccional sino democrática, lo que le daría a la nueva sociedad un carácter de "socialista en democracia, pluralismo y libertad". Para llegar a esta meta, la primera fase se definía como de liquidación de las bases del capitalismo para iniciar la construcción socialista, lo que implicaba como tarea fundamental "terminar con el dominio del imperialismo, monopolios y oligarquía terrateniente", completando y profundizando las nacionalizaciones y reforma agraria iniciadas en el gobierno anterior y expropiando los monopolios industriales, financieros y comerciales. Para enfrentar a los "enemigos fundamentales" de la revolución chilena, constituidos por los sectores dominantes así definidos, se postulaba como elemento conductor a la clase obrera y sus partidos, los que debían buscar el apoyo más amplio de todas las otras capas de la población, definidas como "aliados". En este proceso de acumulación de fuerzas, las medidas de redistribución y democratización social, jugaban un papel crucial. La construcción del socialismo, por su parte, se basaba en la creación de un Área de Propiedad Social, Estado Popular y Nueva Cultura. De estos tres elementos sólo se definía con claridad el Área de Propiedad Social, cuya creación constituía, más allá de la retórica el núcleo programático de la Unidad Popular y, con variantes respecto de sus modalidades, el único

consenso real entre las principales fuerzas políticas que la constituirían.

No cabe aquí detallar lo que aparece meridianamente claro: la amplitud y profundidad de la transformación buscada, orientada por auténticos valores de igualdad, libertad, solidaridad e independencia nacional, y la generosidad hacia el mundo popular de un tal proyecto, no guardaba ninguna relación con la pobreza de los medios que se buscaba implementar; la simplicidad de una visión que concentra en una medida económica toda la complejidad de un proceso social que tiene muy diversas esferas y dinámicas, y la ausencia de una estrategia que compatibilizara los objetivos buscados con la realidad política de una institucionalidad democrática en la que el factor gobernante y sus partidos no poseían la mayoría para realizar su programa. En ausencia de esta mayoría y con el fin de cumplir honestamente con su programa de transferir al Estado capacidad económica para redistribuir y reorientar el modelo de desarrollo, el gobierno de la Unidad Popular utilizó la estrategia de la intervención en las empresas para constituir el Área de Propiedad Social, basada en la presión laboral y en normas legales, lo que se llamó la "expropiación por la vía administrativa". Si bien tales normas eran legales, tal estrategia no podía sino exacerbar a los adversarios de la Unidad Popular y hacer creíble el discurso de los sectores afectados en el sentido que los sectores medidos, pese a la garantía dada por el gobierno en contrario, serían el próximo objetivo de

expropiación. Así, esta estrategia en vez de ampliar la base de apoyo al gobierno, aumentó su aislamiento y contribuyó a profundizar la polarización y la crisis.

Más allá de las insuficiencias teóricas y programáticas del proyecto de la Unidad Popular y de un discurso que exacerbaba la identidad del actor social popular, haciéndolo excluyente y confrontacional, estábamos en presencia de la búsqueda de una cuadratura del círculo: hacer una revolución por métodos no revolucionarios y democráticos sin contar con la mayoría institucional para ello. Y en Chile las mayorías se constituyen históricamente, no a través del desborde electoral, sino a través del acuerdo y concertación partidarias. Sin ese acuerdo, cualquier proyecto de transformación significativo, está condenado al fracaso. Por otro lado, es evidente que un acuerdo lleva a modificar y negociar el programa, quitándole su radicalidad, pero haciéndolo viable. La necesidad de una estrategia de construcción de mayoría, de cuya ausencia la Unidad Popular no es la única responsable y respecto de la cual la Democracia Cristiana tiene también una cuenta que saldar con su pasado, es la gran elección del período. Y, sin duda, la Concertación de Partidos por la Democracia no se explica sólo por la necesidad de luchar contra la dictadura militar, sino también precisamente, por haber aprendido dicha lección.

La debilidad programática y la ausencia de estrategia que compatibilizara un proyecto con mayoría democrática, estuvieron presentes en todo el periodo y fueron ellas, más que la existencia de proyectos alternativos, las causas de las contradicciones en el interior de la Unidad Popular. Los diversos partidos movilizaban sus recursos organizativos y sus bases sociales para ejercer su predominio en la dirección del proceso, pero carentes todos ellos de proyecto y estrategia coherente. Tales vacíos repercutieron no sólo en la cohesión de la coalición y en la conducción del gobierno, sino que, dada la naturaleza del sistema político presidencialista chileno, también afectaron profundamente el liderazgo de Salvador Allende, tensionado entre su lealtad al programa y a las fuerzas políticas que lo apoyaban y su igualmente firme lealtad a la institucionalidad democrática. Su muerte en la Moneda testimonia a la vez el fracaso de un proyecto como el carácter irrenunciable de esta doble lealtad.

Pero sería desconocer la realidad del periodo 1970-1973, y de su culminación en el golpe militar de 1973, analizarlo sólo en términos de un fracaso por debilidad e inviabilidad de un proyecto y su estrategia. Esos tres años estuvieron marcados por una lucha política en que un sector de la oposición a la Unidad Popular y al gobierno de Allende, intentó desde el primer momento, por medios legales en un caso y subversivos e ilegales en otro, impedir su acceso al poder político ganado en las urnas. No otra cosa fueron, respectivamente, la maniobra política de

sectores de derecha para obtener la elección de Alessandri por el Congreso, y la operación que culminó con el asesinato del general Schneider. Esta doble estrategia inicial de derrocamiento prematuro fue mantenida durante todo el período por sectores que se veían afectados por el proyecto de la Unidad Popular y que fueron incubando un proyecto subversivo y golpista en sus métodos, y revolucionario o contrarrevolucionario en su contenido. Desde el acaparamiento y el mercado negro, las movilizaciones radicalizadas y las huelgas patronales y gremiales que acentuaban la desinstitucionalización de la política, pasando por actos de descrédito del sistema electoral como la falsa denuncia de fraude en las elecciones de Marzo de 1973, hasta llegar a actos y atentados terroristas combinados con permanentes llamados a la intervención militar, tales sectores pertenecientes o influidos por la Derecha buscaron deslegitimar el régimen democrático. En este contexto, el efecto del acuerdo de la Cámara de Diputados no era otro que legitimar el golpe y la salida extrainstitucionales. La auto disolución del partido de derecha una vez ocurrido éstos, sella el carácter no democrático de su conducta durante el período.

De otra naturaleza, pero también grave, es la responsabilidad de la Democracia Cristiana, que contaba con el liderazgo y la cultura política para prever que una oposición radical al gobierno de Allende y que una desinstitucionalización de la lucha política, no podían sino llevar a un desenlace que terminara con

el régimen democrático. Guiada por el cálculo político de sus intereses en el mediano plazo, no supo tomar las distancias necesarias de la oposición insurreccional y, aunque no compartiera su estrategia, terminó arrastrada por ella.

De algún modo todos los actores políticos privilegiaron su propio proyecto de intereses e intentaron imponerlo al precio de la erosión de los mecanismos democráticos. Las estrategias elegidas por la Unidad Popular, la Derecha y la Democracia Cristiana, todas ellas contribuyeron a la polarización. Es claro que la primera y la última no apuntaban explícitamente a romper el orden institucional, como si lo hizo la estrategia de Derecha, pero el efecto de todas fue generar una crisis que afectó la vida cotidiana de la mayoría, y cuando eso ocurre, se deslegitiman los métodos democráticos y se propicia la solución extra-institucional autoritaria que reimponga el orden. En tal situación, queda como único dueño de ella quien controla los medios de fuerza física, las instituciones armadas, sobre todo si en su seno se ha procedido a eliminar o neutralizar a quienes subordinaban el poder militar al poder político y al orden institucional. Así, no puede hacerse el salto simple del análisis de la crisis a la justificación del golpe militar. Para que éste se produjera, tuvo que llevarse a cabo en el seno de las instituciones militares una larga tarea de conspiración interna y de traición a la confianza depositada por la autoridad política.

No podría haberse consumado el fin de la Unidad Popular ni el golpe militar sin la voluntad de un proyecto igualmente revolucionario, aunque de contenido enteramente opuesto, es decir, contrarrevolucionario. No todos los que deseaban el término de la Unidad Popular aprobaban la idea de un régimen militar de largo plazo y con un intento de transformación social que revirtiera los rasgos democratizadores que habían caracterizado los proyectos políticos de las últimas décadas.

El proyecto de la Unidad Popular fue una esperanza para vastos sectores populares y para una parte importante de más de una generación de chilenos. Así fue vivido por ellos durante esos años. La debilidad e incoherencia de ese proyecto y el ideologismo e incapacidad de sus actores políticos están en la raíz de su fracaso para transformar esa esperanza en un proyecto nacional mayoritario. Pero hubo también una derrota, que contó con la complicidad tácita de quienes estaban más preocupados de sus propios intereses que de preservar el sistema institucional, en manos de otro proyecto revolucionario que a sangre y fuego quiso también hacer la historia de nuevo, esta vez usando todos los recursos del poder para imponer una guerra unilateral.

Ninguna de las dimensiones anteriores puede ser ignorada cuando se trata de aprender de las lecciones del pasado, no para refugiarse en él, sino para construir el futuro.

The following information was obtained from a review of the records of the State Department regarding the activities of the Communist Party, U.S.A., in the United States and its territories and possessions during the years 1947 to 1950.

It is noted that the Communist Party, U.S.A., has been active in the United States and its territories and possessions since its formation in 1919. The Party has been active in the United States and its territories and possessions since its formation in 1919. The Party has been active in the United States and its territories and possessions since its formation in 1919.

The Communist Party, U.S.A., has been active in the United States and its territories and possessions since its formation in 1919. The Party has been active in the United States and its territories and possessions since its formation in 1919. The Party has been active in the United States and its territories and possessions since its formation in 1919.